

DIALOGO CON

JOSE MORENO VILLA

ENTREVISTA DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

¿Es que la tragedia española no lleva consigo un altísimo valor estético?

España sigue su destino. Es la de siempre. Llena de drama, como Unamuno, pero con enorme vitalidad para rehacerse.

Quien habla en ese tono es don José Moreno Villa, ilustre maestro español, artista, investigador de formas y de ideas, estático cazador de símbolos que cada día se hace el propósito de llenarlo con un afán y cuando llega la tarde lo pone a que siga trabajando en nueva y ardiente labor callada, como aquellos artesanos que de sí mismos hacían la obra cristalina para entregarla en humilde desinterés, seguros del goce de la plenitud interior y de que la vida inconclusa es un estímulo.

Don José Moreno Villa, a las primeras palabras me da la impresión de un viajero que cuida de su diáfana honestidad y se comporta como espectador que busca en lo esencial la aritmética de las cosas, sin pretender adentrarse en su misterio sutil, sino en los rasgos que, hallándose visibles a la gran mayoría, son las mejores claves para explicar lo que no pudieron decir los libros ni mostrarse al ojo ávido de los eruditos. Moreno Villa desdeña que se le incluya entre los últimos, no por excesiva modestia, por cómoda actitud, sino porque prefiere las responsabilidades del espectador que utiliza con economía su inteligencia.

—En ver lo que hay de español en México y lo que hay de extraño, me vengo ocupando desde que llegué. Y lo hago con gran parsimonia. Cuando termine una serie de artículos que estoy preparando, hasta entonces me atreveré a opinar.

—Es posible que le convenga enterarse del programa del Instituto de Investigaciones Estéticas, de nuestra Universidad, que está enriqueciendo su archivo, organizando vasto arsenal.

—¿Un archivo fotográfico?

—Sí, pero falta dinero— le digo, mientras la conversación se va adensando en torno al tema de las investigaciones estéticas que los universitarios emprenden.

—En España hubo un fotógrafo, el fotógrafo Mass —dice Moreno Villa— que con grandes esfuerzos y tiempo hizo un fichero fotográfico de toda España. Mass vende las fotografías. Y recorrió todo el país con muchos sacrificios, en condiciones penosas, llegando a los pueblos más apartados, faltos de medios de comunicación. Fue un trabajo de mucho tiempo.

—Pero nosotros apenas nos imaginamos lo que puede ser el tesoro artístico de México. Sabemos que se trata de un tesoro, pero nada más. El Gobierno lo administra, pero no en una forma completa. Sería imposible por ahora, porque se necesita un ejército de técnicos y no hay todavía dinero para tantas cosas que se necesitan. Y luego hay pueblos inéditos, muchos de ellos sin caminos y hasta sin gente, en los que también hay joyas que algún día saldrán a luz.

—Hay siempre mucho que descubrir. Siempre, siempre...

—Pero usted no se imagina, Moreno Villa, cómo es de difícil trabajar en esas investigaciones de arte en algunos pueblos donde los campesinos acostumbran tocar la campana del templo y las gentes se van reuniendo, así que ven aproximarse un grupo de turistas o surge una cara desconocida. Esas gentes son suspicaces, desconfiadas. Y como son los dueños del templo, es imposible prescindir de ellos. Se van apostando, disimuladamente, desde la entrada hasta los altares y los pasillos y no permiten que el forastero ponga manos en alguna de las cosas que ahí están. Cuando acaece la festividad del santo patrono, llevan al cura que les va a decir las misas y vuelven a cerrar el templo una vez que pasa la fiesta. Es

posible que usted haya visitado alguno de esos pueblos. Usted ya debe haber visto algo.

—Hasta ahora sólo he conocido Puebla, Cholula, Tasco, Cuernavaca.

—Y luego otros peligros, que no dejan de ser pintorescos. No hace mucho que la prensa ha hablado de las efusiones de sangre entre los vecinos de dos pueblos próximos, tan sólo porque los de uno llaman a los del otro los “cuacos”, es decir, los “caballos”, y todo porque el nombre es uno de esos nahuas, que comienzan en “cuau”, algo así, no recuerdo muy bien, y como por ese epíteto se sienten ofendidos, los domingos, que es cuando se emborrachan, vienen a las manos.

Hay un alto en la conversación, que bruscamente interrumpo con la pregunta inevitable:

—¿Qué hay de cierto en lo del tesoro artístico de España que ha salido para Francia y otros países?

—Nada de eso es cierto. Lo que pasa es que han utilizado una noticia para transformarla, porque, claro, la cosa se presta y con un poco de mala intención... Han salido algunas pinturas para el Pabellón Español en la Exposición de París; pero se trata de cuadros que luego volverán. De esto se han aprovechado los fascistas para propalar noticias falsas.

—¿Y los museos de Madrid?

—Se han puesto a salvo sus tesoros en el convento de las Descalzas Reales, y también en Valencia.

—Pero la prensa de Franco ha dicho que muchas de las joyas han salido para los Estados Unidos...

—No, nada hay de eso. Hasta que he salido de ese país, no se tenían ningunas noticias.

—Aquí hemos leído la carta que escritores y artistas de insospechable probidad enviaron al director del Museo Británico, para que enviase a Valencia en busca de la verdad.

—Y han estado allí, comprobando que todo permanece intacto, que las colecciones conocidas continúan como han estado. Algo se habrá perdido, es natural, pero otras cosas se han ganado: las colecciones particulares.

—Y vaya que deben haber sido magníficas esas adquisiciones, no sólo tratándose de pinturas, de joyas de orfebrería, de tapices, sino también de libros, de manuscritos. Para la Biblioteca Nacional de Madrid las congratulaciones y para Dámaso Alonso, su director, nuestra envidia.

—No, el director no es Alonso, sino Navarro Tomás. Y es éste quien ha desmentido las falsas noticias, que han sido propaladas por Miguel Artigas, que fue el director de la Biblioteca hasta que estalló la rebelión. A Miguel Artigas le sorprendió ésta en Teruel y...

Moreno Villa, con lento hablar, sin exaltarse la voz ni mucho menos el ademán, hace un alto en la charla. Y luego, como si tratase de desasirse de tantos recuerdos abrumadores que no puede disimular, porque es uno de los españoles que más profundamente sufren la tragedia de España, se diría que regresa a la conversación instigado por una pregunta mía que trata de suavizarle evocaciones.

—¿Y qué ha visto usted en México?

—Solamente cosas que se pueden hacer en un día: le repito que he visitado Tasco, Puebla, Cholula, Cuernavaca, Tenayuca. Y también las pirámides de Teotihuacán y unas cuevas.

—¿Las de Cacahuamilpa?

—Sí, Cacahuamilpa. Hay algunas palabras mexicanas que todavía se me rebelan. Una de ellas es “tlapalería”. Este comercio es muy curioso. Pienso escribir un artículo sobre él. En los primeros días me desconcertaba mucho. ¿Dónde encontraré aguarrás? En la tlapalería. ¿Clavos? ¿Cordel? En la tlapalería. Y hasta calendarios hay en las tlapalerías. Me suena esta palabra como a “trapos viejos”...

—Es lo que pasa en las droguerías de los Estados Unidos, en las que venden libros, refrescos, sandwiches y... hasta drogas. ¡Una cosa maravillosa! Es a lo que más se parecen esas misceláneas.

—En España las droguerías venden artículos para aseo, principalmente y, claro está, algunos específicos, pero en escala más reducida. No es un comercio tan ilimitado como aquí.

De todas estas cosas menudas, deliciosamente mínimas, que forman el canevá de los días y que son como el imán de este gran observador que nos visita, de este hombre de ojos nuevos, limpios, hemos hablado, movido yo por la curiosidad que despierta la sola lectura de esa carta que, en torno a una divinidad mexicana, Xochipilli, santo patrón del amor y el verano —el dulce y plácido verano de México, en la altiplanicie de los cármes y las noches hondísimas y las terrazas silenciosas— ha escrito este hués-

ped que sabe atisbar con elegancia que huye de la erudición y que por los campos de la emoción estética ha tenido que irse resbalando, cuando menos lo esperaba, hacia una arqueología que no trata de dar ceñidos detalles, sino de buscar en las piedras la explicación de terribles misterios, procurando aproximar la explicación de México, descubriéndolo, redescubriéndolo.

—¿Y cuánto tiempo se propone usted permanecer en México?

—No lo sé todavía, es algo indefinido, como la tlapalería...

Después de esta sutilísima alusión, yo comprendo muy bien lo que Moreno Villa quiere decir con lo indefinido de su permanencia. No disimula que aquí se siente como en alguno de esos rincones de España que le son tan conocidos, pero su viaje a estas latitudes, que tiene una extrema importancia para él y para nosotros, sobre todo porque él es una de las voces más claras que suenan en esta hora legítima de España, ha de prolongarse todo el tiempo que necesite para que sus visiones e imaginaciones le den la totalidad de lo que siendo realidad azarosa, tiene los límites ilimitados del sueño. Es claro que el humilde habitante que vivía, como en la atmósfera de un gran silencio sonoro, en la Residencia de Estudiantes, allá en Madrid, se siente como si fuese un desterrado de su cielo, un cielo que él ayudó a construir en largos años.

—¿Y qué habrá pasado con ella?

—Allí tengo todos mis papeles, autógrafos, libros, pinturas, todo, todo... ¡hasta los recuerdos familiares, la cadena del abuelo y el reloj del bisabuelo están allí! Me sacó el Gobierno en veinticuatro horas y salí de Madrid llevando solamente un par de trajes de invierno, creyendo que volvería pronto...

Y luego, como que se pierde en el dédalo de recuerdos terribles, para pensar en el chopo que daba hacia su celda de estudio.

—Lo habrán talado. Durante el invierno se convirtió aquello en cuartel y no respetaron sino tres cuartos. He sabido que cayó un obús en el cuarto de Orueta, destruyéndolo por completo. Allí tenía Orueta una biblioteca de arte y una gran colección de fotos de escultura española.

—Qué cruel, inicua guerra...

—Hasta una pobre vieja servidora resultó herida. Algún día tendré noticias de que lo mío ha desaparecido. Los obuses caen donde se les acaba el impulso...

—¿Cuánto tiempo tenía de vivir en la Residencia?

—Cumplí justamente 27 años... Allí también vivió Federico...

Hay una trémula resplandescencia de evocación cuando suena el nombre de García Lorca. Acababa yo de leer la maravillosa página que en "Hora de España" de julio, publicó Vicente Aleixandre.

—El primer artista que estuvo en ella —continúa hablando Moreno Villa— fue Juan Ramón, y de allí salió para casarse... Dalí vivió también allí.

—¿Y cómo la formaron?

—Fue una de tantas cosas que surgieron al crearse la Junta de Investigaciones Científicas. Se pretendía dar a los estudiantes un medio de vida más decente que el que tenían en casas de huéspedes. Se puso al frente un director, que es el mismo que ha tenido hasta el año 36: Alberto Jiménez Fraud, un hombre que estuvo en Inglaterra, y que persigue un poco el plan inglés de educación, adaptándolo al medio y a las circunstancias...

—Como aquí en México Aguilar y Santillán, con la Academia Alzate. El hombre y la institución se han unido para siempre.

—Jiménez Fraud recibió ayuda de la Junta hasta el momento en que la Residencia, a pesar de todos sus gastos, tuvo un fondo disponible, devolviendo entonces a la Junta parte de lo que en ella había invertido. No se concretaba solamente a dar asilo a los estudiantes españoles, sino que durante el invierno había un par de becarios ingleses. Y en el verano, como aquí en México, iban principalmente estudiantes norteamericanos. Pronto tuvo laboratorios de química, fisiología, biología, bacteriología; una biblioteca, sala de conferencias, profesores de idiomas, profesores para alumnos especializados en Derecho. Uno de esos laboratorios, el de fisiología, estuvo a cargo del actual Jefe del Gobierno, el doctor Negrín.

—No sabía yo que Negrín fuera fisiólogo...

—Y otro de los laboratorios —añade Moreno Villa— lo dirigía Pío del Río Hortega, otra figura internacional, maestro de histología; por cierto que uno de sus mejores alumnos, el profesor Costero, acaba de llegar a México. Otra creación de la Residencia, fue la Sociedad de Cursos y Confe-

rencias, formada para traer del extranjero a literatos y hombres de ciencia de primera calidad, de cualquier parte del mundo, dándoles pasajes, estancia y un tanto. Aquel viajero especialista en Persia, que sabía cosas maravillosas de dicho país; el inglés que descubrió el tesoro de Tut-Ank-Amen...

—¿Howard Carter?

—Y además de Carter, Wells, Einstein, Bergson, Chesterton, Strawinsky, Frobenius, y muchos más, todo lo que se ha significado en los últimos tiempos en el mundo científico o artístico...

—Claro que todo eso no era sino para un grupo reducido...

—Sí, es una sociedad en la que se paga determinada cuota, y no podría ser de otra manera. Personajes que llegan a expresarse en su propio idioma, no pueden tener sino un reducido auditorio...

Apasionado por su querida Residencia de Estudiantes, ansioso de hablarme de ella todo lo más que pueda, Moreno Villa continúa:

—Además, para la vida interior de la Residencia, siempre se procuraba tener unas cuantas personas mayores, que sin labor pedagógica determinada, influyeran en el ánimo de los alumnos, como si éstos vivieran en familia. Durante las comidas, los estudiantes hacían preguntas a los más viejos, que los orientaban en esa forma. Yo hacía cada semana, los sábados, una excursión al Museo del Prado, en donde les hablaba de pintura; otros los llevaba de excursión a las ciudades históricas y les hablaba de arquitectura, de escultura, del paisaje. Éramos cuatro o cinco los que desempeñábamos nuestro papel, pagando, como todos, la mensualidad, pues no vivíamos gratuitamente: Ricardo Orueta, don Angel Llorca, antiguo y prestigiado maestro que dirige una escuela para menores en Madrid, y que vivía con nosotros en la Residencia, Paulino Suárez, el médico y yo; estos fuimos los que llegamos hasta el final.

—Tengo entendido que también los visitó Pedro Henríquez Ureña.

—Pasaron muchos por aquella casa. Siempre había en ella un cuarto para los visitantes. Teníamos también un auditorium.

—¿Y de la Junta de Ampliación qué me dice?

—Ella ha contribuido como ningún organismo a subir el nivel cultural de España. Fue una creación de Giner de los Ríos. No hacía política, y, con gran espíritu liberal, estaba compuesta de elementos de derecha e izquierda. Durante muchos años fue su secretario José Castillejo, un hombre de gran valía, un gran organizador.

—¿Dónde está ahora Castillejo?

—En Inglaterra. Pero creo que estuvo hace poco en Valencia. Curioso tipo, muy inteligente, activo, de una gran inventiva. Todos los días tenía algo nuevo que ensayar. Cosas de un gran sentido práctico, de valor científico, educativo. Creó una escuela plurilingüe, en la que los niños aprenden a hablar diferentes idiomas desde muy pequeños.

—¿Y Unamuno? ¿Estuvo algún tiempo en la Residencia, verdad?

—Nos visitaba frecuentemente, menos cuando había dificultades políticas.

—¿Murió en tragedia!

—Como vivió. Hizo de su vida una tragedia, en la cual vivía, y murió en una tragedia real. No. Nunca claudicó por cosas de interés. No se le puede tachar de nada en ese sentido. Fue apasionado y arbitrario en algunas ocasiones. Muy personalista y egocéntrico. Pero su personalidad ocupa toda una época de la historia de España.

—Don Miguel nunca estuvo en América...

—Nunca...

—Tenía su estribillo, que muchas veces lo contaba a sus amigos mexicanos, olvidándose que ya lo había dicho. Y solía contar: "Mi padre estuvo en México, con un amigo de Tepic".

—Eso de que muchos españoles no vienen a América —dice Moreno Villa— se explica porque en España el intelectual no tiene dinero para viajar como el inglés o el americano, que con el dinero de uno de sus libros tienen para vivir y viajar.

—O por falta de interés, como pasó con los reyes de España, que en tres siglos no tuvieron la ocurrencia de hacernos una visita.

—Pues sí, los ingleses y los americanos sí pueden. En cambio, Galdós, que fue un escritor de los que más vendieron en España, vivió medianamente. Y lo mismo sucede con Baroja. Si acaso, algún viaje a París, a Suiza o Alemania, unos veinte días. Y eso es todo. De viajes largos no hay que

hablar. Y es forzoso conocer países tan extraños a pesar de ser hermanos, como los de América. La generación nueva tiene que ser menos libresca y valorar a los países no sólo por los libros que produzcan, sino por el material humano, que es de un interés vivo.

—Lo mismo nos sucede tratándose de España y de hoy en adelante los de América estamos en la obligación sagrada de ir a España, para poder conocernos mejor, desandar los caminos...

—Yo gozo la mar teniendo a diario en América una impresión nueva —dice Moreno Villa—. Y habrá de venir una generación que se interese por el hombre, que venga a conocer más cosas de América, su vida que es tan igual y tan distinta a la nuestra.

—Me figuro que se conoce mejor a España en América.

—No lo sé. Pero vale la pena de ocuparse del intercambio de jóvenes y de escritores, no por viajes cortos, que eso no vale la pena para ahondar en nada y sólo sirve a los turistas.

—De un tiempo a esta parte las cosas han ido cambiando. Mucha gente importante hemos visto aquí: Fernando de los Ríos, Américo Castro, Cabrera, Zulueta, Díez-Canedo, Salaverría, Madañaga, Del Río Hortega.

Y de pronto, vuelta al tema de México. Porque Moreno Villa es el caso del viajero que, sin alucinarse, no ha desperdiciado minuto de su estada aquí, para estudiar, entender, preguntar. Y se la pasa tomando apuntes, acaso preparando un libro —no podría afirmarlo, porque sería impertinencia preguntárselo—, pero como es un trabajador infatigable, que elabora cotidianamente, imperturbablemente, la hipótesis cobra visos de certidumbre.

—¿Qué ha visto de pintura en México?

—He estado en el Museo de la Academia de San Carlos. Hay algunas cosas allí, pero comprenderá usted que al lado de lo europeo... Aquí, lo importante es lo nuevo, pero de esta pintura moderna prefiero no hablar improvisadamente.

—Pero lo arqueológico...

—Respecto a lo arqueológico, no conozco nada. Pero el arte tiene su palabra, y aunque usted no sepa la arqueología azteca, el espíritu se manifiesta en detalles y ese detalle lo trata usted. Don Alfonso Caso dice que hay que ver lo azteca "con ojos de azteca"; pero el azteca es un hombre, y hombre es también el europeo.

—Todo eso que usted nos acaba de decir sobre la divinidad veraniega, que tenía bajo su jurisdicción los juegos y el amor, es una lección admirable. Eso es darle al mito mexicano una elegancia de realidad. Pero los indios no ven "con ojos aztecas" las reliquias del Museo Nacional. Muchos de ellos lo visitan y se quedan sorprendidos como si estuvieran en un mundo distante que fue poblado por indios que tienen otra sensibilidad.

—Ellos verán las figuras pensando: "así es mi pie, así mi mano". Pero no creo que puedan comprender las representaciones.

—Y hay algo más todavía —advierto a mi ilustre interlocutor—: los indios que salen de las escuelas y los que terminan estudios universitarios, no sienten orgullo por su tradición, acaso porque al asomarse a la cultura europea, son los primeros en darse cuenta de que han roto esa tradición. Acaso pasa con ellos como si sintieran el complejo de inferioridad. Tuvimos ya una Casa del Estudiante Indígena que fue inolvidable experimento: de cada una de las familias étnicas que habitan el país, trajeron un número reducido, para que en dicha casa, como un hogar, fueran preparados y más tarde se convirtiesen en los líderes de la emancipación de los grupos a que pertenecían. Recuerdo que muchos de ellos llegaron a dicho laboratorio en estado completamente salvaje, y a los dos meses ya no les gustaba que sus maestros les hablaran de las cosas indígenas, estimando que los blancos lo que hacían era burlarse de ellos. Y en final de cuentas, se enamoraron de la ciudad y cuando la mayoría terminó sus estudios, no quisieron regresar a sus comarcas.

—Quiere decir que fue un fracaso para los investigadores.

—Prácticamente esos indios no volvieron a los suyos. Ahora el experimento lo están llevando por otra ruta, alejándolos de los centros populosos.

—Eso pasa en España con la gente del pueblo. Cuando usted quiere preguntar cómo cantan en los corros, hay que vencer una resistencia tremenda, porque creen que es burla.

—En México existen ya investigadores que tienen gran paciencia para esta labor. Algunos son extranjeros, que logran convivir con los indios y principian por aprender el dialecto.

—Es posible que venga un español que se ha dedicado a la música popular: Jesús Bal.

—La diáspora, como dice Pijoan en una página periodística hablando sobre la dispersión española. Pero lo triste es que algunos han huído para siempre... Me dicen que Manuel Falla...

—Sí, Falla se volvió loco. Era un hombre profundamente religioso. Un místico. Y lo declaró así varias veces. ¡Dicen que Federico García Lorca se refugió en su carmen del Albaicín, en la Alhambra! Otro caso de trastorno mental por la tragedia, es el de Luis de Tapia. Enloqueció y murió. No era un retraído como Falla, sino por el contrario, amigo de concurrir a las peñas de los cafés y a todos los sitios donde hubiera diversiones; pero no pudo resistir...

—¿A Ortega y Gasset?

—A Ortega lo cogió la guerra ya enfermo. Padecía del hígado, de la vesícula biliar. Estuvo en peligro de muerte. Vivió en la Residencia los últimos días, antes de salir para Grenoble. Yo creía que no lo volvería a ver más. ¡Tan malo estaba!

—Lo último que hemos leído aquí son unas páginas sobre el esplendor y miseria de la traducción.

—Parece que trabaja ahora un tema curioso: el lenguaje es utópico. Y es que habrá visto sus obras traducidas y encontrado cosas que nunca quiso decir.

—¿Y usted qué prepara ahora?

—No tengo nada nuevo. Ya le he dicho cómo salí de Madrid, sin tener nada absolutamente. Además, no estoy en tren de hacer poemas; los últimos que hice fueron sobre la guerra.

De súbito pensamos en dos amigos que residieron en la casa que ahora habita Moreno Villa: León Felipe y Juan Marinello.

—No tengo noticias concretas de León Felipe. La criada me trajo su dirección y cree seguramente que Madrid es un sitio de recreo, porque me ha dicho: "Se marcharon a Madrid. Habrán ido a descansar".

—Leemos que Marinello ha ingresado a un batallón de voluntarios hispanoamericanos.

—Es el contagio. Quien vive en aquel ambiente guerrero, quiere pelear. Hay otras cosas que hacer, por ejemplo tareas administrativas, y, sin embargo, las gentes dedicadas a ellas se sienten incómodas porque quisieran estar con el fusil en las manos.

—Me dicen que vuelve Pijoan, a fines de este año.

—Parece que trata de redactar para su "Historia del Arte" la monografía sobre México, en colaboración con don Alfonso Caso. Pijoan vive en los Estados Unidos. No tiene más compromisos que tres meses de cátedra en Chicago, con cuyos ingresos tiene para vivir. Su casa de Suiza le permite pasar temporadas. Sus hijos se han casado y el matrimonio se dedica a viajar por estudio y para enriquecer sus libros.

Y hablamos de otros españoles, ausentes, presentes: Federico de Onís, que se ha labrado espléndida posición en los Estados Unidos, dirigiendo la revista del Instituto de las Españas; Antonio Solalinde, que acaba de morir; y un catedrático que hace poco, según se dijo, murió en Madrid, después de haber trabajado en Chicago: José Robles, a quien conocimos durante unos Cursos de Verano aquí.

—Robles se volvió loco al estallar la guerra. Aseguraba que nadie más que su hijo hacía los planes para la defensa de Madrid y para continuar la guerra. Cuando yo salí, estaba en la cárcel. Ahora dicen que murió, si de muerte natural, no sé.

—¿Pero cuándo viene Jiménez?

—Juan Ramón está en Cuba. Puede que venga a dar sus conferencias literarias.

—¿Y Menéndez Pidal?

—Su última carta dice que va a Nueva York, como profesor huésped de la Columbia.

—Sabemos también que viene Pedro Salinas, que aquí publicará un libro de poemas inéditos, y que estrenará una comedia. Que viene en Navidad.

—Es muy trabajador. Y tan divertido con sus preocupaciones de enfermedades que existen solamente en su imaginación, porque está gordo y colorado; pero lleva siempre los bolsillos llenos de drogas, pensando que tiene algo grave.

—Así era Chocano, así lo conocí.

—A pesar de sus fantásticas enfermedades, Salinas trabaja mucho, sí, trabaja. Hay momentos en que si un hombre se distingue por haber organizado algo, le llueven comisiones, cargos, y acaba por ser víctima de sí mismo.

—Aquí tenemos un caso en don Francisco Gamoneda, un español que sería millonario si sus actividades las hubiese traducido en dinero o en fuerza hidráulica. Ahora dirige la Biblioteca del Congreso y pone en movimiento a los “Amigos de la Biblioteca del Congreso” y tiene una cátedra en una escuela de archivistas y dirige circulares impresas a todos los Congresos del mundo y cuando empiezan a llegar canjes, no hay dónde colocarlos, por falta de espacio, de anaqueles, de dinero. Es el que organizó el Archivo de la Ciudad de México; y por cierto que hizo un catálogo impreso, del cual no se conocen ejemplares.

—¿Se han agotado, o qué?

—No. Se trata de una edición rarísima. Sus actividades abarcan a toda América y Europa. Organiza tertulias, excursiones, conferencias y hasta tiene tiempo para distribuir unos boletines de turismo, muy elegantes, sobrios, que se refieren a España.

—Ah, sí, en España el fomento del turismo ha sido un gran programa. Esa oficina era casi un Ministerio y movía una muchedumbre enorme trabajando.

—Ya usted conocerá la propaganda que hace actualmente una empresa cervecera de México, a base de reproducciones admirables de pinturas mexicanas y extranjeras. En esa labor se han aprovechado materiales de indudable importancia. Usted habrá conocido ya la pinacoteca de Bellas Artes. Y el Museo de la que fue Academia de San Carlos.

—Me parece que un establecimiento de tal naturaleza debe tener un ambiente de mayor paz. No es conciliable con una escuela y menos aquí donde los jóvenes emplean la pólvora y ladrillos y agua para divertirse...

Y pensando en que España es inmortal, a pesar de la barbarie que procura aniquilarla, después de sentir el sosegado, pero cuán hondo calor espiritual de lumbres como la de este Moreno Villa —conversador que incita, que hace saborear temas y aguzar comentarios—, me he preguntado si lo universal español está testimoniándose en el momento que vivimos y si España ha vuelto a encontrarse, como tras milagrosa palingenesia, en la que todo lo impuro y cruel será eliminado, y si de toda esta angustia humana saldrá redimida y con ello hará la redención del hombre americano.

“EL CALVARIO” DE LA CIUDAD DE CUERNAVACA

LA ermita conocida con el nombre de “El Calvario”, se levanta en la parte alta y al Norte de la ciudad de Cuernavaca, en un lugar que anteriormente se llamó Plaza de Cortés y hoy nombran Plaza de la Unificación Revolucionaria. Posiblemente la construyeron por el año de 1538, frailes franciscanos que por entonces ya tenían a su cargo esa doctrina, y a su vez edificaban su templo y convento, conjunto de construcciones que hoy forman parte de la Catedral y sus anexos.

Esta ermita está construída con cantería labrada y se levanta en forma de templete sobre

Por el Ing.

ENRIQUE A. CERVANTES

una base cuadrada de 6.50 metros, en la que descansan cuatro pilastrones angulares con entradas en el centro de sus cuatro lados, rematados por arcos de medio punto y limitados éstos por una moldura circular que se prolonga hasta la base, y le da la apariencia de una columna empotrada, que se interrumpe por los capiteles y anillos de la base, de carácter románico. Divide el coronamiento una interesante moldura, característica de las construcciones de la época. La cubierta es una